

SAN SIXTO III, PAPA Y CONFESOR

Día 28 de marzo

P. Juan Croisset, S.J.

San Sixto, papa tercero de este nombre, fue romano. Nació hacia el fin del siglo iv. El celo con que combatió las herejías de su tiempo, aun cuando no era más que presbítero, y la honra de ser elevado al sacerdocio en un tiempo en que solamente se ascendía á esta alta dignidad por los méritos de una notoria virtud, acreditan la que ya tenía cuando joven, y los progresos que había hecho en la ciencia de los santos.

Conociendo los pelagianos cuánta honra aumentaría á su partido el nombre sólo del presbítero Sixto, si se llegase á publicar que seguía sus errores, osaron alabarse, con aquella avilantez ó con aquel descaro en mentir que es tan común en los sectarios, de que le tenían por protector y como por jefe de su doctrina. Entendiólo nuestro Santo, y desengañó luego al público. No solamente anatematizó el pelagianismo en presencia de todo el pueblo, sino que refutó sólidamente en sus epístolas los dogmas de aquellos herejes, y, con el terror de las leyes imperiales que solicitó, estrechó á muchos de ellos á abjurar sus errores. Habiendo publicado el papa Zósimo su célebre epístola sobre la condenación de Pelagio, la acompañó con otras dos de nuestro Sixto, una á Aurelio, obispo de Cartago, y otra á San Agustín, el cual le escribió otras dos sobre el mismo asunto, congratulándole por el celo que mostraba contra los pelagianos.

No podemos explicaros, le dice en la primera, el

gozo que nos ha causado vuestra carta. No contento con leer la que escribisteis al santo obispo Aurelio, hice sacar muchas copias de ella, para que, extendidas por el público, fuesen notorios á todos vuestros piadosos dictámenes sobre los perniciosos dogmas que tiran á aniquilar la divina gracia que concede Dios á los grandes y á los pequeños. Aun con mayor satisfacción leí el excelente libro que compusisteis en defensa de la gracia de Jesucristo, y hago cuanto puedo para que le lea todo el mundo. Porque ¿puede haber lectura más grata que una defensa tan pura y tan castiza de la gracia de Dios contra sus declarados enemigos, y esto por la misma boca de aquel á quien ellos proclamaban como á su protector y corifeo ? En la segunda carta de San Agustín da la enhorabuena á San Sixto de haber sido el primero que condenó públicamente los errores de Pelagio, cuando todavía no era más que presbítero.

Muerto el papa San Celestino, se creyó que no podía señalársele más digno sucesor que á nuestro Sixto. Y así, fue elevado al pontificado el día 26 de Abril del año 432, con aplauso tan general del clero y pueblo, que apenas había memoria de otro igual. Luego que se vio en la Silla de San Pedro, dedicó todos sus desvelos á extirpar las perniciosas herejías que, no obstante estar todavía como en la cuna, hacían gemir á toda la santa Iglesia.

El año de 430 había sido condenado en Roma por San Celestino el impío heresiarca Nestorio, y el año 431 lo había sido en Efeso por el Concilio general, que, deponiéndole de su Silla abacial, le desterró al monasterio de San Euprepio, en Antioquía. Compadecido San Sixto, como buen pastor, de aquella oveja enferma y descarriada, procuró curarla y reducirla al aprisco de la fe; pero tan inútilmente, que aquel infeliz heresiarca y sus parciales, abusando de la dulzura y de la benignidad con que el Santo le había escrito, tuvieron aliento para

publicar que no les era contrario. Pronto se desengañó el público de esta grosera calumnia; porque, después que Juan de Antioquia abandonó el partido de Nestorio, San Sixto escribió á éste y á San Cirilo cartas de congratulación, exhortándolos á trabajar en la conversión de los herejes, á recibir con caridad á los que de buena fe se redujesen al gremio de la religión, **pero á que se mostrasen severos é inexorables con los que perseverasen tercios en sus errores.** Es verosímil que, después de estas cartas del Santo Pontífice, obstinándose el infeliz Nestorio en su impiedad, fue sacado de su monasterio y conducido á su destierro, donde murió desgraciadamente, sin señal alguna de arrepentimiento. Dicese que **antes de morir se le llenó la lengua de asquerosísimos gusanos, los cuales se la despedazaban, en castigo sin duda de las blasfemias que había vomitado contra la Santísima Virgen, á la cual nunca quiso reconocer ni llamar Madre de Dios.**

Siendo nuestro Santo enemigo tan declarado de los herejes, no era posible estuviese á cubierto de sus acostumbradas calumnias. Hasta entonces solamente se habían atrevido á desacreditar su doctrina; después tuvo desvergüenza la osadía para atreverse á la pureza de sus costumbres. Un miserable hombre llamado Baso, persona de calidad, pero casi sin religión, acusó á Sixto de cierto delito enorme. Era la acusación tan atroz, é hizose tan pública y metió tanto ruido, que, para atajar el escándalo, creyó el emperador Valentiniano era necesario convocar un Concilio, donde fuese jurídicamente declarada la inocencia del Santo Pontífice, y se le restituyese solemnemente su honor. Juntóse un Concilio compuesto de cincuenta y seis obispos; examinóse la causa, hizose patente la inocencia de Sixto, y, convencido de calumnia el acusador, fue declarado como tal por sentencia definitiva, y canónicamente excomulgado. Indignáronse tanto contra él, así el

Emperador como su madre la emperatriz Placidia, que, después de haberle desterrado, confiscaron todos sus bienes á beneficio de la Iglesia. Tres meses después murió Baso, con señales de grande arrepentimiento; y el caritativo Sixto le asistió con grande amor en su última enfermedad, le absolvió de la excomunión, le administró el santo Viático, y con sus propias manos le dio eclesiástica sepultura.

No es fácil explicar el ardor y el activo celo con que el vigilante Pontífice se aplicó á sofocar en la cuna las perniciosas novedades que nacían cada día, resucitando en la Iglesia el primitivo fervor, y renovando el vigor de la disciplina eclesiástica. La Iglesia de Rávena le debe la dicha de haber logrado por obispo á San Pedro Crisólogo, cuya virtud conoció nuestro Santo por divina revelación.

Deseando con ansia ambiciosa Juliano de Eclana, famoso pelagiano, ser restituido á la Silla episcopal, de que había sido justísimamente depuesto y despojado, fingiéndose convertido, se valió de todo género de artificios para persuadirsele á San Sixto; pero descubriendo el Santo, entre aquellas aparentes exterioridades, la malignidad de aquel hereje embustero y disimulado, se mantuvo siempre inflexible.

No contento con la solicitud pastoral con que atendía á las necesidades de todas las iglesias, y los inmensos afanes que le costaba el desvelo de socorrer á todas, halló fondos para enriquecer con prodigiosa magnificencia y liberalidad á las iglesias de Roma; prueba grande de su dilatado corazón y de su piedad eminente.

Por la tierna devoción que profesaba á la Santísima Virgen, se movió á reparar la antigua basílica de Liberio,

que se llamó después Santa María la Mayor. Enriquecióla con un altar de plata maciza, con gran número de cálices, de candeleros, de incensarios, de coronas y de otros vasos de oro y plata de subidísimo precio, y la dotó con una renta perpetua de setecientos veintinueve sueldos de oro anuales, dándola, en fin, todos los vasos necesarios para el baptisterio, todos de plata. A la iglesia de San Pedro regaló un ornamento de plata de peso de cuatrocientas libras. En la de San Lorenzo erigió columnas de pórfido y de plata, adornándola con una primorosa balaustrada y con una estatua del Santo de mucho coste. En fin, son pocas las iglesias antiguas de Roma donde no conserven grandes monumentos de la magnificencia de este gran Pontífice; el cual, después de haber gobernado con prudencia consumada la Silla de San Pedro cerca de ocho años, edificando á toda la Iglesia con sus heroicas virtudes, con su vasto y fervoroso celo, siendo tan odiado de los herejes como venerado y amado de los católicos, murió en Roma el año 440. Fue enterrado su santo cuerpo en la catacumba de San Lorenzo, en el camino de Tívoli, y tuvo por sucesor en el pontificado á San León el Grande, que había sido como discípulo suyo.

La Misa es en honra de San Sixto, y la oración la que signe:

Suplicámoste, i oh Dios Todopoderoso!, que en esta venerable solemnidad de tu confesor y pontífice San Sixto aumentes en nosotros la devoción y el deseo de nuestra salvación. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 6 de la primera del apóstol San Pablo á Timoteo.

Carísimo: Nada hemos traído á este mundo; y no hay

duda tampoco en que nada podemos sacar de él. Pero teniendo alimentos y con qué cubrirnos, estamos contentos con esto. Porque los que quieren enriquecerse caen en la tentación y en el lazo del diablo, y en muchos deseos inútiles y nocivos, que sumergen al hombre en la muerte y en la perdición. Porque la raíz de todos los males es la avaricia.

REFLEXIONES

En teniendo con qué remediar nuestra necesidad y con qué cubrir nuestra desnudez, estemos contentos. ¡Qué poquitos son los que toman el gusto á este lenguaje del Apóstol! ¡A qué poquitos acomoda esta doctrina! Mucho tiempo ha que el codicioso anhelo de las riquezas llena al mundo de infelices; ¡de qué inquietudes, de cuántos trabajos es el origen la codicia! Todos quieren vivir ricos, pero con la seguridad de que todos han de morir pobres; porque ¿qué es lo que se lleva á la sepultura?

¡Cosa extraña! Raros son los que están contentos con su suerte. El que está muy elevado, todavía quiere subir más. No hay en el mundo condición que tarde ó temprano no canse, no fastidie; la mediana no satisface, la opulenta desasosiega.

Es innegable que los bienes terrenos sólo se apetecen cuando no se poseen; en poseyéndose, luego fastidian. Hágase en el mundo la fortuna que se quisiere, sólo se piensa en la que resta por hacer. Si salen desgraciadas las pretensiones, se irritan más los deseos; si salen prósperas, se encienden. Tanta verdad es que nuestra ambición es nuestro mayor tirano. ¡Ah, que la ambición y la codicia crecen más cuanto más logran! El que se ve sobre un elevado monte, descubre desde él mucho terreno; y, olvidado de lo que anduvo y de lo que

subió, sólo piensa en el término adonde aspira llegar. ¡ Oh buen Dios, y qué caro cuesta en el mundo el mérito, el derecho á un triste premio! Y ¡ cuántas veces todo el premio se queda puramente en el derecho y en el mérito! ¡ Cuántos se ven arrojados fuera del camino de la fortuna apenas ponen el pie en él! Pero llegúese en buen hora al término; redúcese á un nuevo empleo, á un poco más de renta, la que ya viene tan tarde, que apenas hay tiempo para gozarla. Siempre que se trabaja por la salvación se hace fortuna; pero nunca se hace cuando no se trabaja por ella. Tengamos continuamente en la memoria y en la consideración este oráculo: *Nada trajimos á este mundo, y nada hemos de sacar de él.* ¡ Buen Dios, qué remedio tan eficaz para curar la ambición y la codicia sería esta verdad bien penetrada !

El Evangelio es del cap. 20 de San Mateo, y el mismo que el día 27.

MEDITACIÓN

Del poco caso que se debe hacer de los desprecios del mundo.

PUNTO PRIMERO. — Considera que, después que los secuaces del mundo trataron mal á Jesucristo, sus malos tratamientos son preciosos, sirven de mucho honor á los buenos. Nada honra tanto á los discípulos de Cristo como tener parte en los oprobios de su divino Maestro. *Sabed, les decía el mismo Salvador, que si el mundo os aborrece, primero me aborreció á Mí. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que es suyo; mas porque Yo os escogí de en medio de él, por eso os aborrece. Acordaos de lo que os dije: El siervo no es mayor que su amo: si me persiguieron á Mí, también os perseguirán á vosotros.* Paréceme que esto es bastante, que es sobrado, no sólo

para consolar, sino para indemnizar y aun para recompensar con ventajas á los que el mundo desprecia. Ninguna cosa debiera parecer más injuriosa, más ignominiosa á un cristiano, que ser estimado, honrado y aplaudido por aquel mundo que aborreció, despreció y persiguió á Jesucristo.

PUNTO SEGUNDO. — Considera qué es lo que podrá el mundo hallar que morder ó que censurar en un hombre virtuoso, en un verdadero cristiano, sino es que sirve á Dios con puntualidad, y que antepone el servicio de Dios al servicio del mundo. Censúrale de que, con mucho juicio y prudencia, prefiere la doctrina de Cristo á las insensatas y perniciosas máximas del mundo. En suma, nótales y le murmura de que haga en vida lo que á la hora de la muerte le llenaría de desesperación si no lo hubiera hecho. Esta es la materia de las quejas del mundo, y éstos los motivos de sus imaginarias desgracias. Un hombre de juicio, un hombre de bien y un hombre cristiano, ¿deberá hacer mucho caso de tan injustos desprecios? ¡Ah, Señor, demasiadamente he sido hasta aquí el juguete y la burla de mis vanas ilusiones en este importantísimo punto! Pero confío en vuestra misericordia infinita me haréis la gracia de que me ría en adelante del menosprecio de un fantasmón de amo imaginario, y que haga burla de él en lugar de que él la haga de mí.

JACULATORIAS

Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo habéis de amar la vanidad y correr tras la mentira?—*Ps.* 4.

Vanidad de vanidades, y todo vanidad.—*Eccl.*, 1.

PROPÓSITOS

1. Es cosa bien extraña que todos convienen en que el mundo es un embustero, y todos se fían de él. Tiénense continuas experiencias de que sólo sabe hacer desdichados, y, con todo eso, todos se apresuran, todos se exhalan por entrar en su servicio. Acaba de desengañarte de una vez para siempre de este enemigo de nuestra quietud y de nuestra salvación; pero no quede el desengaño en mera especulación; redúcele á la práctica. Huye de las concurrencias grandes del mundo; y cuando la necesidad te obligue á asistir á ellas, sea siempre con precaución; como quien entra en país enemigo.

2. A ninguno faltan salidas y razones para excusarse de entrar en un negocio que prevé no le ha de tener cuenta. No te dejes arrastrar hacia el precipicio por una mala vergüenza, por un ridículo respeto humano. No digas: *yo estaré prevenido*; y ten presente en la memoria aquel oráculo infalible: *quien ama el peligro, perecerá en él*.